

El Clan Oscuro

Gloria Granado Blázquez

Capítulo 1

En un pueblo a solo dos kilómetros de la capital, hacía una tarde veraniega a pesar de estar aún en primavera. El sol brillaba con fuerza, los árboles apenas daban sombra y los habitantes de aquel lugar se mantenían en sus casas hasta muy entrada la tarde para no tener que verse las caras con aquella calor asfixiante.

En el centro, y por suerte, cerca de la piscina pública, vivía Ginna Niuman, una estudiante ejemplar y animadora veterana. Ginna cumpliría los dieciocho ese mismo verano, y estaba a pocos días de que le entregasen su título de bachillerato, las había aprobado todas, así que ya no tenía clase, y se dedicaba día tras día a jugar a juegos en su ordenador, a salir con sus amigas o a leer.

Los padres de Ginna, trabajaban en una empresa de comercio internacional muy importante, trabajaban en uno de los cargos más altos y estaban a punto de ser ascendidos, así que, pronto debían dejar aquel pueblo para instalarse en una gran casa en la playa. A Ginna eso de la casa en la playa no le parecía mala idea, pero el hecho de tener que dejar todo lo que era en su pueblo, le parecía algo inadmisibile.

Ginna se encontraba en su cuarto, aburrida, no podía hacerse a la idea de que fueran a mudarse. No quería dejar su vida en el pueblo, tendría que hacer nuevas amistades, eso no era un problema para ella, pero no quería dejar las antiguas atrás. Se levantó de la cama y se miró en el espejo. Ahí estaba ella, con sus virtudes y sus defectos. A pesar de ser una chica realmente guapa, a Ginna no le gustaba admitirlo, y nunca había estado satisfecha con su cuerpo. Se sentó de nuevo en la cama, frente al espejo, y pensó en todo lo que había vivido y sentido en aquel lugar. Todos sus amigos le decían que estaba genial, pero ella no lo veía así. Su pelo rubio y rizado, caía agradadamente sobre sus hombros. Tenía los ojos color verde lima con un extraño y singular toque rosado. Estos se escondían tras unas pestañas largas y abundantes. Lo único que realmente le gustaba a Ginna eran sus caderas, redondeadas en su punto perfecto. En el instituto, tenía muchos amigos, era popular, todos la querían tener en su grupo. Todos la adoraban excepto la persona que más deseaba tener a su lado, pero al parecer ella no era lo bastante buena para él. La mayoría de los chicos soñaban con tenerla como novia, pero él solo la veía como una chica más.

En casa le iba horriblemente mal.

No soportaba a su madre, Laura, que la trataba como a un bebé. Su padre, Tomás, no solía estar mucho tiempo en casa debido a su trabajo, y

cuando se encontraba con ellas dos, ni siquiera se dirigían la palabra.

Laura y Ginna tenían peleas cada cinco minutos, así que intentaba no hablarle, por el bien de la salud de Laura y de la suya. Lans, el hermano de Ginna, se había ido de casa hacía dos años, solo volvía los veranos a visitarles, y aún quedaba una semana para que lo hiciese.

Se estremeció al pensar en todo, se sentó en la silla de su escritorio, encendió el ordenador, puso música y empezó a jugar al juego que antes había instalado.

‘Era de noche, el viento recorría las calles como si un huracán hubiera aparecido de repente. Golpeando con fuerza puertas y ventanas, doblando los árboles como si fuesen simples hojas de papel coloreadas de marrón y verde. El calor sofocante del cercano verano se había ensañado con el pueblo y pocas personas se atrevían a salir a la calle antes del anochecer, pero aquel día, pocos tuvieron valor de salir de sus casas.

— ¡Ginna, baja! –Gritó Laura- ¿Vas a venir o no?

—Lo dudo, ya te lo dije antes, para aburrirme me quedo en casa. –Le gruñó bajando las escaleras de dos en dos- Además, hace un día de perros, no tengo ningunas ganas de asistir a ninguna clase de fiesta un día como este. Y por último, te agradecería que no me chillases más, cualquier día o me dejas sorda o te quedas ronca.

—Si no quieres que te grite aprende a comportarte. –Sentenció Laura apartando la vista de su hija.

—Vale. –Dijo Ginna con desgana.

Intentando evitar que la discusión llegara a más, subió las escaleras y se encerró en su cuarto.

Cuando su madre se fue, llamó a Carmen para montar una fiesta, ya que no podía salir a la calle, se traería a todos sus amigos a casa.

—Carmen, ¿tienes algo que hacer?

—No Ginna. ¿Por qué? ¿Hay algún plan? –Preguntó Carmen curiosa.

—Avisa a todo el mundo para que vengan a mi casa, hoy va a haber marcha. Mis padres se han ido a una fiesta en la mansión Deverou, y se quedarán allí a dormir. –Ginna separó el móvil de su oreja cuando su

amiga comenzó a gritar de alegría- Voy a prepararlo todo, nos vemos.

Colgó, bajó las escaleras a toda prisa y se metió en la cocina.

Mientras esperaba, dispuso todo lo que necesitaría en la encimera, guardó en un lugar seguro las cosas de valor y cubrió el sillón y el sofá con una manta para que no se manchase la tela y su madre no la pillase. Unos cuantos minutos más tarde, se acercó al cubo de la basura y sacó la bolsa que había, abrió la puerta de la calle y salió fuera. Con dificultad, dado que el viento era bastante fuerte, se aproximó al contenedor y echó la basura en este. Caminó despacio hacia la puerta, pero hacía una noche muy bonita a pesar de aquel horrible clima. Se podían ver la mayoría de las estrellas del cielo, la luna estaba en medio creciente y el viento parecía cesar por momentos. Así que, como ya lo había dejado todo listo para cuando los demás llegasen, Ginna decidió sentarse en el césped a contemplar su alrededor.

Escuchó pasos que se acercaban aceleradamente hacia ella, parecía que alguien corría, se dio la vuelta y lo que corría se le echó encima. Era un chico joven, algo más mayor que ella, no podía tener más de veinte años, aunque era bastante alto, le sacaba al menos una cabeza. Tenía una expresión de horror, daba la impresión de que estaba asustado, escapaba de algo, pero no podía ayudarle, no podía moverse. Él echó a correr sin dejar de mirarla, le pedía ayuda.

Ginna se sentía impotente, y el chico desapareció entre las sombras'

— ¡Ah! –Gritó asustada, dándole un golpe con el codo a la pantalla del ordenador.

Por suerte todo había sido un simple sueño, aunque, más bien le había parecido una pesadilla.

— ¿Ginna que ha pasado? –Preguntó su madre entrando de sopetón en el cuarto de Ginna.

—Nada, me he quedado dormida. –Dijo apagando el ordenador y frotándose el codo- He tenido una pesadilla.

— ¿Otra pesadilla? Creo que al final te acabaré llevando al psicólogo. –Dijo algo enfadada- Bueno, hoy saca tú la basura que tengo que irme a una cena. –Dejó de hablar unos segundos y sonrió- ¿Quieres venir?

—Yo... –Recordó lo que había pasado en el sueño- Sí, ¿dónde es?

—En la mansión de los Deverou. —Dijo la madre abriendo el armario.

— Allí solo habrá gente estúpida que me mirará de arriba abajo con aires de superioridad y que con dificultad evitaré darles un tortazo. —Masculló ella apartando el vestido que su madre le había lanzado a la cara.

—Ginna, la gente que va a esa clase de fiestas son de alta sociedad, son personas distinguidas que no les gusta que niñas como tú les miren con asco, por eso te miran ellos de esa forma. Si les sonríes no andarán con aires de superioridad. —dijo Laura saliendo por la puerta, luego se paró y miró a Ginna- Será una fiesta con vestidos largos, trajes de chaqueta, joyas, coches de lujo, música clásica y un gran banquete. Procura ponerte guapa, estará allí su hijo que viene de viaje.

— ¡Mamá! —Gritó Ginna, se levantó de la cama y le cerró la puerta en las narices.

—Abajo en media hora. —Dijo, la escuchó bajar la escalera.

— ¿Qué me pongo? — Resopló, y rebuscó en su armario, cogió unos zapatos marrones de tacón y encontró un vestido que aún tenía la etiqueta, era largo, sin estampados, de color marrón claro con bordados algo más oscuros- es perfecto.

A la media hora bajó, maquillada, con un peinado elegante pero juvenil. Su madre estaba bastante guapa para ser una madre, llevaba un vestido azul marino, zapatos de tacón negro y un sombrero negro también.

— ¿De dónde has sacado ese vestido? —Preguntó su madre asombrada- No pensaba que tuvieses nada tan elegante en tu armario.

—Me lo regaló papá pensando que me lo pondría para alguna fiesta, pero no he encontrado el momento hasta ahora así que lo estoy estrenando hoy. —Dijo sonriente, Laura abrió la puerta y Ginna le preguntó- ¿A qué hora volveremos?

—Tarde, muy tarde. —Dijo la madre. Subió en el coche y lo arrancó, cuando Ginna montó le dijo- Las fiestas de los Deverou son famosas por acabar a altas horas de la madrugada y por su lujo, a veces los invitados pasan allí la noche, hay muchas, muchísimas habitaciones.

— ¿Nosotros la pasaremos allí? —Preguntó aburrida, la mansión estaba a unos diez minutos de su casa.

Encendió la radio y metió un disco.

—Sí, el señor Deverou nos ha invitado a pasar la noche allí personalmente, es un buen amigo de la familia, además, soy su secretaria y tu padre su socio. —Dijo Laura metiéndose por un camino de tierra.

— ¿También me ha invitado a mí? —Preguntó ella abriendo la ventanilla y cerrándola al momento al darse cuenta de que entraba todo el polvo del camino.

—Sí, ha insistido mucho en que fueras, al parecer quiere que conozcas a su hijo. -Si las miradas pudiesen matar, la que Ginna le acababa de lanzar a su madre habría hecho que se estrellasen contra alguno de los árboles del camino- No me malinterpretes, su hijo va a pasar aquí un tiempo y necesita hacer amigos.

—Exacto, amigos, no amigas —Dijo su hija apagando la radio de un golpe.

—No seas así, ¿tú tienes amigos no? —Dijo su madre.

—Nosotras podemos tener amigos, -Explicó Ginna casi colérica- ellos no, nos ven como a objetos.

—No todos son así. —Farfulló la madre intentando suavizar su tono de voz.

—Tú no sabes cómo son, -murmuró Ginna cabizbaja- al menos no los de ahora.

— ¿Y tú sí? —Preguntó- Ginna, ¿hay algo que no me hayas contado?

—No, nada que tenga que contarte precisamente a ti. —Musitó suspirando.

Su madre le dirigió una mirada de enfado, paró el coche, sacó la llave del contacto y salió del coche cerrando la puerta con un fuerte golpe. Ginna hizo lo mismo.

La mansión era enorme, estaba rodeada de preciosos árboles llenos de farolillos con velas colgando en su interior. La fachada era de ladrillo, con algunos salientes en forma de animales mitológicos. La mayor parte del edificio estaba cubierto por enredaderas y rosales, que le daban un toque colorido al siniestro lugar. Algunas de las ventanas que tenían las cortinas descorridas dejaban ver el interior, este parecía aún más impresionante que el exterior, aunque eso era difícil.

La gente iba muy elegante, demasiado para el gusto de Ginna. Los Deverou se encontraban en la puerta saludando a los que llegaban, todas las chicas vestían vestidos largos y joyas, al igual que Ginna, solo que esta no mostraba al resto una mirada altiva y de desdén. El señor

Deverou, hizo algo que sorprendió bastante a Ginna, de ese hombre estirado se lo esperaba todo menos eso. Él fue corriendo hacia ellas, como si se estuviese jugando la vida en ello. Cuando llegó a nuestro lado jadeaba, y hasta que no se sacudió todo el traje un par de veces, no abrió el pico.

El señor Deverou era un hombre rechoncho y bajito, con unos ojos grandes que no pegaban nada con su cara de calabaza.

—Hola Laura, tu marido te espera en el salón. -Dijo tomando de la mano a su madre- ¿Y quién es esta belleza que tienes aquí a tu lado? ¿No será tu hermana no?

Laura soltó una pequeña risilla y le hizo un gesto al señor Deverou que a Ginna no le gustó nada. Parecían estar coqueteando, Ginna no podía creerse lo que estaba viendo, comenzaba a tener arcadas.

—Oh Nicolás, es mi hija, Ginna -Dijo alzando los ojos al cielo, se acercó más al hombre y le susurró- Tiene muy mal genio, así que debo advertirle que debe tener cuidado con las cosas que le dice, digamos que, a veces muerde.

—Mamá, ¿vamos dentro? -Preguntó Ginna lanzando una mirada de odio al señor Deverou.

—Pasad, os acompañaré, ¿os quedaréis a dormir? -Dijo él riéndose, Laura asintió con la cabeza- Mi hijo tiene muchas ganas de conocerte Ginna, es muy apuesto. Tienes suerte, todas las chicas que han venido a la fiesta están deseando pasar un rato con él.

— ¿Ah sí? -Dijo sarcásticamente, pasando por la puerta principal y admirando una gran lámpara de araña que colgaba del techo- ¿Y cómo se llama ese apuesto hijo suyo que todas quieren conocer?

—Carlos, seguro que estaréis muchos tiempos juntos, parecéis estar hechos el uno para el otro, de verdad que lo pienso así. -Dijo el señor Deverou.

Ginna no entendió muy bien qué quiso decir Nicolás con aquella frase, y cuantas más vueltas le daba más horrible era el significado que acababa dándole. Temiendo que fuese algunas de esas cosas que se había imaginado, decidió preguntar.

— ¿Perdone? -Dijo enfurruñada- ¿A qué se refiere con eso?

— ¿No se lo has dicho Laura? -Dijo él mirando a la madre de Ginna de

una forma muy extraña- ¿No le has dicho el propósito de su llegada?

—No encontré el momento, ha estado de exámenes finales y no quería agobiarla. -Dijo bajando la vista- Ginna, el señor y la señora Deverou quieren emparejar a Carlos, y tú eres la elegida.

Ginna comenzó a reírse a carcajadas, como hubiera hecho si cualquiera de sus amigos hubiese contado un chiste malísimo de esos que te ríes por no llorar, pero, al ver la cara seria de su madre y de Nicolás, supo que hablaban en serio.

—Espera, que lo estáis diciendo en serio y todo. -Ginna soltó una carcajada y gritó en medio del salón, todos miraron hacia ellos- ¿Y cuándo pensabais abrir la boca? ¿En la boda? ¿Acaso mi opinión no cuenta? ¿Qué pasa, hemos vuelto a la edad media?

—Ginna por favor, nos están mirando todos, cierra el pico, ¿o es que acaso quieres dar el espectáculo? -Dijo su madre.

—No me lo puedo creer, debí quedarme en casa. -Se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida pero tropezó con alguien justo cuando iba a alcanzar la puerta, era su padre.

—Veo que ya te lo han dicho. -Dijo Tomás, frunciendo el ceño.

Ginna le empujó y salió de la estancia, atrayendo todas las miradas de los presentes al ver como se quitaba los tacones y echaba a correr por el césped.

— ¡Ginna! -Gritó su padre desde la puerta- ¡Vuelve aquí!

Ginna corrió por el jardín, enredándose en algunas de las zarzas que había por allí, cayó unas cuantas veces al suelo, pero se levantaba y no paraba de correr.

El servicio de la mansión, había cerrado cada puerta, ventana o incluso rejilla que hubiese en el lugar, para que no pudiese salir, ni tampoco entrar dentro de la mansión.

Escuchaba como la llamaban, cada vez los oía más cerca. Ginna estaba totalmente aterrorizada, buscando con la mirada un lugar seguro en el que esconderse, pero no encontró ninguno así que solo se le ocurrió subirse a un árbol, pero resbaló con el vestido y cayó al suelo cuando ya había conseguido engancharse a una de las ramas más anchas. Escuchó pisadas cerca de donde se encontraba y supo que la encontrarían de un momento a otro.

De pronto Ginna abrió mucho los ojos cuando sintió que unas manos la agarraban del vestido y la levantaban, empujándola tras un gran árbol. Antes de que la persona que la mantenía allí apagase el farolillo que colgaba de aquel árbol, logró verle durante unos segundos. Era un chico, mucho más alto que ella, su belleza era bastante considerable por no decir magnífica, sus ojos eran de un azul eléctrico, su pelo, castaño rojizo, combinaba a la perfección con sus labios, finos y rosados por el frío que hacía en aquella zona por la noche. Ginna se preguntó si sería Carlos, su padre le había descrito como un auténtico galán, guapo, atlético y ese chico evidentemente estaba fuerte, los músculos se marcaban en su camiseta y la luna se reflejaba en su rostro y hacía parecer que había salido de un hermoso cuadro, así que se pasaba de guapo.

—Joder chica me has asustado. —Dijo él, su voz la hipnotizó, era preciosa y aterciopelada- Estaba echando un vistazo a todo esto cuando te he visto caer de un árbol, pensé que te habías partido la crisma.

—Tranquilo estoy bien, ¿qué hacías tú merodeando por aquí? No pareces ser un invitado a la fiesta. —Dijo burlona.

El chico la miró a los ojos, y le sonrió levantando una ceja.

—Yo... -Intentó decir antes de quedarse totalmente callado al escuchar unos pasos acercándose hacia ellos.

El chico se alejó corriendo y saltó el muro de la mansión, perdiéndose en la oscura noche. Otro joven apareció ante ella.

— ¿Quién eres tú? —Espetó Ginna torciendo el gesto, se había cansado de tantas sorpresas.

—Soy el sobrino del señor Deverou, -Dijo algo apenado- pero todos me conocen por el loco de la mansión.

—Qué tontería, tu parece mucho más cuerdo que los que me están buscando. —Dijo ella admirando como se reía de sí mismo, pensó durante un par de segundos y preguntó- ¿Por qué te dicen loco?

—Digamos que es porque a pesar de que me gustan las chicas, no les he hecho mucha cuenta, paso mucho tiempo solo encerrado en mi cuarto o en el sótano, quizá demasiado. -Dijo sonriéndose a sí mismo- Aunque en parte si estoy loco, pero loco por irme de este sitio.

— ¿Y por qué no te largas? —Preguntó ella mirando de un lado a otro del jardín- Si yo pudiese lo haría. —Bueno, mis padres me mandaron aquí para que buscara novia, y mi tío no me dejará marchar hasta que no me busque una. —Rio sonoramente mientras se apoyaba en uno de los árboles- La semana que viene me traerá a su "elegida". Pobrecilla, ni

siquiera voy a presentarme en la fiesta que hará Nicolás. A mi primo Carlos le toca hoy, de ahí viene esta gran fiesta, pero claro, él está encantado con la idea de que le presenten a esa chica. –Se quedó callado, y alzando un dedo acusatorio de manera cómica, preguntó extrañado- ¿Por qué estabas corriendo por el jardín? Al principio me pareció divertido pero cuando caíste del árbol tuve la impresión de que era algo serio, no cualquier cosa haría que una chica bonita con un vestido precioso subiese a un árbol, o al menos lo intentase.

Ginna torció el gesto al recordar por qué se escondía.

–Intentaba encontrar un escondite, ya que yo soy esa maldita “elegida”, y no me hace mucha gracia la idea la verdad. –Dijo enfadada, dando una patada al suelo y mirando hacia el muro por el que el chico se había alejado, ¿por qué sentía que debía seguirle? Él, al ver su reacción sonrió cariñosamente- Ni siquiera me dijeron nada hasta hace cinco minutos.

–Ah, estás aquí. –Masculló jadeando el padre de Ginna apoyando una mano en el árbol y cogiendo aire- No deberías hacer esperar más a Carlos. –Apartó la vista unos segundos de su hija y miró al sobrino de Nicolás, después cogió a Ginna del brazo y mientras se la llevaba le susurró- ¿Qué demonios hacías hablando con él, acaso no sabes que está loco?

–Papá, aquí los únicos locos sois vosotros. –Echó la vista atrás y vio como el chico se alejaba, sin pensarlo dos veces, le gritó- ¿Cómo te llamas?

Él se dio la vuelta y la miró a los ojos.

–Me llamo Andrew. –Susurró y acto seguido desapareció entrando en el salón donde estaba la fiesta.

–No quiero conocer a Carlos, no quiero tener nada con él. –Gritó Ginna encolerizada soltándose de su mano- Y no me parece justo que me estéis haciendo esto, es más, no tenéis derecho a hacerlo.

–No pensarás lo mismo cuando veas su cuenta corriente cariño. –Dijo su padre con sarcasmo- Tienen mucho dinero Ginna, Carlos te dará una vida de reina.

–Claro, y vosotros como reyes a mi costa, ¿no? A mí no me importa el dinero que tenga. –Ginna cruzó los brazos y resopló- Pero tranquilo, ya me he dado cuenta de que a mamá y a ti os importa mil veces más el dinero que vuestra propia hija.

–No me hables así, solo eres una niñata consentida que ni siquiera lleva

mi sangre. –Gritó su padre empujándola.

–Te has pasado. –Murmuró con un hilo de voz.

Oímos un carraspeo en nuestra espalda, era el señor Deverou.

–Déjela Tomás, pronto comprenderá el error que ha cometido y volverá, dejemos que se valla. –Dijo con una expresión que a Ginna le provocó escalofríos.

Ginna recordó lo que Andrew le había dicho, estaba obligado a permanecer allí, así que decidió que le ayudaría, o que al menos lo intentaría.

–Si me lo permite, creo que no está haciendo bien con Andrew. –Dijo ella aparentando seguridad, a pesar de estar como un flan por dentro, la mirada fija de Nicolás la asustaba.

– ¿Qué? –Gritó el señor Deverou- No deberías ni siquiera hablar de él, tú no entiendes nada.

–Sí, él me lo explicó. –Susurró Ginna, sintiéndose cada vez más pequeña ante el tono autoritario que el señor Deverou usaba- Quizá podría encontrar alguna chica que le guste fuera de estas paredes.

–Bajo ningún concepto saldrá de aquí. –Sentenció Nicolás- Necesita protección.

–De quien necesita protegerse es de ustedes. –Dijo ella casi frenética.

Andrew apareció por la puerta, la madre de Ginna, la señora Deverou y un muchacho, que Ginna supuso que era Carlos, venían tras él, al parecer peleaban.

–Me da igual lo que me digáis todos, pienso irme de esta casa de locos. –Gritaba Andrew- ¡Prefiero que me maten por ahí a estar aquí encerrado!

–No sabes lo que dices. –Dijo enfadada la señora Deverou- Ni siquiera sabes porqué ni quien te persigue.

–Eso solo os lo inventasteis para que no me marchara, reconócelo. –Gritó Andrew de nuevo, se llevó las manos a la cabeza- Si al menos no estuviereis todo el día presentándome chicas con solo medio cerebro.

–Calla. –masculló la señora Deverou.

–Primo, estás loco, hasta yo sé lo que podría pasarte si sales ahí fuera sin

ningún tipo de protección. –le dijo Carlos poniendo los ojos en blanco.

— ¡Dejad de decir eso! No me pasará nada, solo es una invención vuestra.
–gritó Andrew empujando a Carlos y tapándose las orejas con las manos.

Ginna se sorprendió ver que Carlos se preocupaba y también la reacción de Andrew.

—Callaos de una maldita vez. –Gritó Nicolás, miraba a los presentes, y se llevaba el dedo a la boca- ¿No os dais cuenta de que estáis dando un espectáculo, y de que no estáis solos?

Andrew se paró en seco, levantó la cabeza lentamente y los miró horrorizado, había estado hablando de su secreto más oscuro frente a aquella gente. Contempló unos segundos al señor Deverou, abrió la boca para decir algo, pero se calló, examinó a Ginna y le regaló una sonrisa encantadora. Luego miró a Carlos y le susurró algo. Este se acercó a Ginna y la miró con expresión seductora, aunque a ella esa carita de niño malo no le seducía nada.

—Hola, tú debes de ser mi chica. –Dijo con voz coqueta, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

—Por favor, yo no soy la chica de nadie. –Dijo con sorna, y luego añadió entre risas- Y menos tuya.

—Pero Ginna, ¿cómo se te ocurre hablarle así? –Gritó Laura.

—Solo muestro mi educación con quienes la merecen. –Gritó apretando los puños.

Dirigió la vista hacia Andrew, que la miraba sorprendido, nunca nadie se espera de ella el mal genio. Con él nunca se había comportado de esta manera, con él había sido diferente, porque él no había actuado como los demás, la había tratado de igual a igual, no como una diosa del amor o un objeto.

Su madre la miró con la boca abierta, al igual que la señora Deverou, al captar la mirada que Ginna le había dirigido al chico.

—No puedo creerlo. –Logró musitar la tía de Andrew.

— ¿Eva, querida, que ocurre? –Dijo Nicolás, Eva señaló a Ginna con la cabeza, y todas las miradas de los curiosos que se habían acercado se centraron en ella, incluyendo los participantes de la acalorada discusión.

— ¿No habéis visto esa mirada? –Preguntó Laura.

—No ha habido ninguna “mirada”. –Le espetó Ginna llevándose las manos a la cabeza, le parecía increíble que sus padres pudiesen llegar a ser tan mezquinos- Esto es muy fuerte.

—Déjalo Ginna, no están bien. –Le dijo Andrew a Ginna, que estaba deseando salir de allí- ¿Y se puede saber que os pasa a Ginna y a ti? Discutíais. –Preguntó Andrew dirigiéndose a Tomás con desdén, al parecer se conocían, y se llevaban fatal.

—No es de tu incumbencia –Dijo Tomás altivo.

—Si ella quiere, ¿supongo que podremos enterarnos? –Dijo Andrew con voz firme, sin moverse del sitio en el que estaba- ¿No Ginna?

—Claro, creo que es justo que se enteren. –Sentenció ella- Solo que ellos ya lo saben.

—Deberíamos entrar, empieza a hacer frío –Apuntó Eva intentando relajar la situación.

—Tened por seguro que yo no volveré a entrar ahí. –Exclamó Ginna dándose la vuelta y caminando hacia la salida de la mansión- Me vuelvo a casa, si queréis cuando llegue os doy un toque al móvil.

— ¿Te vas a volver andando? –Dijo Carlos- El camino es largo, si quieres puedo llevarte.

—Ni lo sueñes. –Dijo ella sin volverse a mirarle- Si tengo que ir andando iré, aunque me destroce los pies caminando.

—Puedo llevarte yo, que no salga demasiado no significa que no tenga coche. –Se ofreció Andrew.

Ginna le miró extrañada, y soltó una carcajada.

—Andrew, no debes salir, ya lo sabes. –Gritó Nicolás, pero Andrew no le escuchó y avanzó a paso decidido hacia ella.

— ¿Vamos? –Dijo tendiéndole la mano.

—Sí. –Susurró Ginna.

Laura la cogió del brazo y no le dejó coger su mano, él se quedó esperando con la mano extendida.

—Es nuestro futuro también, ¿piensas hacerle esto a tus padres?

—Preguntó su madre con tono arrogante.

—Después de esto, no sé si voy a volver a tener padres. —Dijo fríamente.

Se desasíó del brazo de Laura como pudo, miró a todos los presentes con desdén y cogiendo la mano de Andrew, los dos echaron a correr hacia la cochera. Esta estaba llena de coches lujosos, Ginna nunca había visto tantos coches juntos desde que estuvo en el concesionario. Sorteando todos los coches, Andrew retiró la funda de uno de los coches, y le abrió la puerta a Ginna, que se quedó boquiabierta al ver el coche. Era un descapotable de color negro. Resplandecía. Era precioso y en ese momento, a Ginna le pareció lo más parecido a la libertad que podía experimentar. Ginna se montó, se reclinó sobre el respaldo y suspiró. Andrew se sentó y arrancó el coche, presionando un botón en su móvil hizo que las verjas se abrieran con rapidez. Mientras estaban parados, esperando que estas se abriesen del todo, Ginna contempló a sus padres, a los señores Deverou y a Carlos, que los miraban desde la puerta. Apartó la vista de ellos y la dirigió al cielo. La luna creciente, las estrellas, el ventoso clima que por suerte ya se había calmado. Todo aquello le era familiar, pero no sabía muy bien por qué.

— ¿Estás bien? —Preguntó él.

—Esto...sí. —Dijo- No te preocupes, solo me siento un poco mal por mis padres.

—Estabas enfadada, es normal, no te preocupes. No has presenciado mis peleas, son mucho peores, créeme. —Dijo él soltando una risilla.

—Andrew... —Dijo.

— ¿Sí? —Murmuró cogiendo una curva.

Ya vislumbraban las luces del pueblo, los edificios altos, la luz resplandeciente de los semáforos, los focos del estadio, las luces del local más cool de la ciudad.

— ¿Por qué decían que te podían encontrar? ¿Quién? —Preguntó al fin animada y curiosa, Andrew no la miró.

—Es complicado y largo, además, no te conviene saberlo, no quiero implicar a más gente. —Dijo tomando la calle principal- ¿En qué calle vives?

—En esa. —Dijo apuntando con el dedo hacia una señal de stop que estaba

a la entrada de su calle.

—Estás decepcionada ¿verdad? —Preguntó parando frente a la casa de Ginna.

—Para nada, -Susurró fingiendo una sonrisa para no incomodarle- de veras que no me importa, no tienes por qué contármelo, en realidad no nos conocemos, y es tu vida así que ¿quién soy yo para preguntar por ella? —dijo ella, con rapidez, sacó el móvil de su bolso y buscó su número mordiéndose el labio de pura rabia, lo que más odiaba en el mundo es que tuviesen secretos con ella, aunque viniese de un completo desconocido- Esto, ¿quieres mi número? Supongo que mis padres querrán que vayamos a la mansión alguna que otra vez, y no me vendría mal tener alguien que me caiga bien por allí.

—Claro, espera. —Rebuscó en el asiento como un loco hasta que lo encontró, parecía que había estado esperando el momento perfecto para pedírselo sin que Ginna se lo negara- Di.

Ginna le dijo el número.

—Espera repite. —El tembleque a la hora de pulsar las teclas que le había causado su nerviosismo hizo que casi no fuese capaz de escribir ni un solo número correctamente, así que ella empezó a reírse.

—Ya lo escribo yo. —Se inclinó hacia él y alargó la mano para alcanzar el móvil, le escribió el número y salió del coche cerrando la puerta de este con suavidad.

—Espero verte pronto, me has caído muy bien Ginna, de veras, al fin una chica con un cerebro completo. —Dijo Andrew.

—Gracias, supongo. —Dijo parada en medio del jardín delantero, Andrew le sonrió y se marchó.

Ginna se quedó allí hasta que desapareció del todo, entonces entró en casa. Se lamentó varias veces en voz alta al no haber podido averiguar aquel oscuro secreto que Andrew escondía tan bien, pero sabía que al fin y al cabo, acabaría enterándose de todo, así que tampoco le preocupaba tanto.

Miró el reloj, eran las diez y media, en su sueño montaba una fiesta sobre esa hora, pero esta vez no lo haría, estaba demasiado agotada y enfadada para pensar. Subió a su habitación y se cambió de ropa. Bajó y se tumbó en el sofá, puso la tele pero no echaban nada interesante así que la apagó y se fue a la cocina a hacerse un sándwich vegetal.

De un salto se sentó en la encimera y le dio el primer bocado,

— ¿Por qué leches mis padres quieren obligarme a estar con ese estúpido de Carlos? Es increíble, nunca pensé que caerían tan bajo. -Ginna no paraba de darle vueltas a eso.

Cuando terminó el sándwich, inconscientemente se acercó a la basura y sacó la bolsa que había dentro ya que estaba llena. Salió de la casa, y tiró la basura en el contenedor que había frente a esta. Ginna estaba segura de haber pasado por aquella situación antes. La brisa alborotaba sus cabellos y hacía una noche de cuento, la luna estaba creciente y el cielo estrellado. Ginna no paraba de pensar, intentando recordar exactamente el momento en el que vivió aquello pero, por mucho que lo intentase, no recordaba nada. Extrañada, se sentó en la hierba a admirar la noche, y escuchó pasos tras de sí, alguien corría.

Entonces lo vio todo claro.

La pesadilla.

Intentó recordar al chico, pero su imagen se veía remplazada por la del chico que había visto en el jardín de los Deverou, y es curioso, porque desde la primera vez que le vio le resultó familiar, como si le hubiera visto antes. Abrió mucho los ojos. No podía creerlo, el chico del sueño y el de la mansión eran el mismo. Completamente asombrada, Ginna miró hacia delante, esperando ver la figura acercándose, pero no la vio, así que se levantó, se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta cerrada.

A mitad de camino algo la tiró al suelo, haciendo que su cabeza chocase contra este y mareándola durante unos instantes.

— ¡Eh! -Gritó Ginna contemplando su rostro asustado- ¿Qué...?

—Será mejor que te largues si no quieres ser aplastada por una furiosa,
-Cogió aliento- banda de malhechores enfadados. -gritó él levantándose.

Por suerte, esta vez, ella podía moverse así que echó a correr tras él sin pensar en las consecuencias.

El chico se metió en un bar. Ginna le siguió hasta una de las mesas del fondo en la que se había sentado, tapando su rostro con un periódico.

Con sigilo, se sentó en la mesa, después carraspeó haciéndose notar.

—Oiga ¿no ve que esta mesa está ocupada? -Dijo la voz que antes había escuchado.

—Perdona, creía que era un periódico flotante que habla e iba a pedirle un autógrafo. —Dijo ella sin aliento- Vamos, no soy estúpida, sé que eres tú.

— ¿Perdone? ¿Acaso me conoce? —Preguntó tapándose aún más con el periódico.

—Bueno, digamos que te me has echado encima, me has dado un buen golpe, aún me duele la cabeza, ¿sabes? —Dijo, el siguió sin mirarla, desconfiaba.

— ¿Te conozco de algo? —Dijo al fin mirando por encima del periódico.

—No he sido yo la que me he lanzado sobre ti. —Articuló con tono burlón.

— ¿Pero cómo se te ocurre seguirme? —Medio gritó agarrándola del brazo y sentándola junto a él, ocultándola también con el periódico, después susurró muy enfadado- Podría haberte pasado algo, si te vieses conmigo estarías en peligro.

— ¿Y eso por qué? —Preguntó.

—Porque pueden hacerte daño.

— ¿Quién eres? —Preguntó Ginna como quien no quiere la cosa.

—No te importa. —Dijo él y añadió- No debes saberlo.

— ¿Y cuánto tiempo llevas corriendo? —Dijo apoyando las manos en la mesa y levantándose- ¿Cuánto tiempo llevas tirándote sobre la gente?

—Te lo repito, no te importa. —Dijo volviendo a colocarse el periódico frente a él- Será mejor que te vallas, es tarde.

—Mira chaval, tengo dieciocho años, creo que puedo hacer lo que me venga en gana. —Ginna gritó tan fuerte que los presentes dirigieron sus miradas curiosas hacia ella- Pero claro, si prefieres seguir cayéndote, me iré.

—Bien, perfecto. —Dijo pasando de página- ¡Adiós!

Ginna hizo un sonido entre rabia y desilusión, cuando llegó a la puerta del establecimiento, se giró y le dirigió una última mirada antes de irse a su casa.